



Los poemas del interior de los peces

Marta López Fernández

Desde hacía días, mi madre pasaba gran parte del tiempo postrada en la cama. Recluida en su alcoba a oscuras y en silencio. Su llanto, ahogado por la almohada, rompía a menudo el silencio de la noche.

—Papá, ¿mamá se va a curar?

—A la melancolía sólo la cura el tiempo.

Yo no entendía que era eso de la melancolía. Había oído hablar de ella en mi libro de texto de literatura. Los románticos tenían esa peculiar característica. ¿Sería contagiosa? Lo cierto es que la dichosa melancolía había robado prime-

ro la alegría de mi madre, y posteriormente la de mi padre.

Así que aquella mañana de sábado cuando mi madre me pidió que fuera a su habitación, me temí lo peor. Me acerqué a ella. Siempre me gustó su aroma a violetas, pero últimamente las flores parecían haberse secado, y la habitación desprendía un intenso olor a paja, a polvo y a oscuridad.

—Hija, tienes que ir al mercado a comprar pescado.

Pareció intuir lo que iba a decir, y sin dejarme responder, me dijo:

—Sólo tienes que comprar un kilo de sardinas.

Yo había ido infinidad de veces a la pescadería, me gustaba mucho el mercado y el camino desde casa, por el centro de Salamanca, cruzar la Plaza Mayor, siempre llena de vida, y llegar a la Plaza del Mercado. Pero una vez allí, mientras mi madre elegía en el puesto cuál de esos animalitos brillantes y mal olientes compraría, yo me dedicaba a curiosear aquí y allá, o simplemente dejaba volar mi imaginación, ausente de la realidad más próxima de la pescadería.

Así que lo más cerca que estaba de reconocer la cabeza de una sardina era por el enorme pescado que pintábamos en el colegio en época de carnaval, porque las de lata vienen decapitadas. Al llegar a la pescadería conté, señalando con el dedo, las personas que iban delante de mí: veinte. ¡Como todas quisieran sardinas, para mí no quedaría ni una!

–Perdone, señora, ¿usted también va a comprar sardinas? Es que hay tanta gente delante que creo que no me van a llegar.

La señora se echó a reír.

–Gaby, haz el favor de guardar unas sardinas para esta muchacha, que está muy preocupada.

–Pero Mari, si hoy no he traído sardinas, estaban a precio de oro –le dijo con un guiño de ojos que en ese momento no entendí.

–¿Cómo que no tienes sardinas? –grité, oculta por las personas que tenía delante.

–¡Pero si las sardinas son para mi princesa! –dijo Gaby, que al fin había reparado en mi presencia.

–No te preocupes que tendrás tus sardinas. Y cambia esa cara mujer, que no me gusta verte así de seria.

–Es que Gaby es mago, ¿sabes guapa? Y se va a sacar las sardinas de debajo de la chistera.

–Como si tengo que ir a pescarlas para ella, Mari, pero mi princesa tendrá sus sardinas.

–Gaby, ¿mago? –pensé.

Desde ese momento deseé con todas mis fuerzas que llegara mi turno. Estaba ansiosa de ver al pescadero-mago hacer aparecer pescados de

debajo de su chistera. Mientras tanto, le observaba con atención para no perderme ninguno de sus movimientos.

–Gaby, el otro día me diste la palometa sin poema. Por más que busqué en su interior, nada de nada. Me debes uno.

–Pues el de mi merluza era sensacional. Lo malo fue que lo descubrió mi marido y tuvo un ataque de celos. Me costó medaa tarde hacerle entender que todos los pescados de Gaby vienen con un poema.

–¿Cómo va a escribir poemas un pescadero? Tú te crees que yo soy tonto, me dijo con un pie puesto en el rellano de la calle, dispuesto a marcharse. Menos mal que en ese momento llegó mi hija mayor y fue capaz de tranquilizarle.

–No entiendo por qué a nadie le extraña encontrar una figurita dentro de un roscón de reyes y sin embargo le sorprende tanto encontrar un poema dentro de un pescado. El mar ha inspirado a todos los poetas; la poesía y el mar han ido siempre unidos de la mano. ¿A que sí princesa?

–me preguntó Gaby.

–No sé, sólo he leído los pocos que vienen en mi libro de literatura. A mí me gustan más los cómic.

–Pues ya va siendo hora de que conozcas a Bécquer, a Neruda o a Machado. A las chicas de tu edad les suele gustar leerlos.

De repente, se quitó los guantes, se lavó las manos con un jabón líquido que olía a violetas, como mi madre antes de estar enferma, y abrió un armario que tenía a su derecha.

–Aquí está, “Veinte poemas de amor y una canción desesperada”, de Neruda. Para ti, princesa, ya verás cómo te gusta.

Cogí, con asombro, aquel libro con el papel oxidado y la cubierta desgastada. Sentí cómo todo el mundo observaba mi reacción, y me puse nerviosa. Abrí el libro, tratando de ocultar mi timidez entre aquellas páginas envejecidas por el tiempo. Al ir pasando sus páginas el olor a vio-

letas se hacía más y más intenso. En uno de los poemas había una seca, aplastada entre sus letras.

*«Me gustas cuando callas porque estás como ausente,
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.
Parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca...»*

Pensé en mi madre, en la ausencia en la que vivía últimamente, y como si aquella poesía me hubiera aislado del mundo terrenal, me sentí flotar entre las nubes, sola. Y la pesada soledad me devolvió de pronto a una realidad confusa, con aroma a pescado y a violetas. Y no pude reprimir las lágrimas.

—¡Se ha emocionado mi princesa! ¡Se ha emocionado! Ya sabía yo que te gustaría Neruda.

—Me ha recordado a mi madre.

—Y a mí —dijo Gaby con un imperceptible hilo de voz, que sólo parecí escuchar yo.

Vi pasar ante la tabla de Gaby merluzas con ojos ensangrentados, gallos deseosos de perder la espina y calamares blancos e indefensos sin sus bolsas de tinta, que terminaban siendo anillas simétricas. A todos, antes de ser envueltos, les acompañaba un poema que él introducía previamente en una pequeña bolsa de plástico transparente: para que el papel no se impregnara del olor a pescado muerto.

Cuando llegó mi turno, ya había olvidado que las sardinas que me llevaría a casa serían fruto de la magia de aquel pescadero: poeta y mago.

—Vamos a ver donde voy a pescar tus sardinas, princesa. Quizá en la cámara mágica aparezca alguna. Abracadabra, que la puerta se abra y aparezcan las sardinas mágicas.

La puerta se abrió ayudada por sus manos húmedas. Se introdujo en el interior de la cámara y desapareció. A los pocos minutos regresó con una bandeja de poliespan blanco repleta de unos peces plateados y con ojos chispeantes.

—¡Voalá! Tus sardinas. ¿A que tienen buena pinta?

Puso la bandeja sobre la tabla de madera y la cubrió con una fina capa de plástico transparente.

—Gaby, ¿no tienen poema mis sardinas?

Gaby se echó a reír, mientras introducía el paquete perfectamente cerrado en una bolsa.

—Parece que a mi princesa le ha gustado la poesía. No te preocupes, todo el pescado de Gaby va acompañado de un poema.

—¿Cuánto te debo?

—Éstas te las regalo yo. Con el dinero de las sardinas te compras un cómic, que en la vida no todo es poesía.

—Gracias Gaby, pero no sé si a mi madre le parecerá buena idea.

—Seguro que sí, está muy orgullosa de ti. Por cierto, dile que cuando necesite que le guarde algo, me llame. Como hizo ayer. Ya me gustaría ser mago, pero me he de conformar con ser un pescadero aficionado a escribir poemas.

Cuando llegué a casa mi madre me recibió malhumorada.

—¿Dónde te has metido? Has tardado una hora y media en comprar un kilo de sardinas. Seguro que te has entretenido en el kiosco, como siempre, sin pensar que yo pudiera estar asustada viendo que no llegabas.

Por fortuna no había seguido los consejos de Gaby y no me había comprado el cómic.

—Tenía veinte personas delante de mí, mamá, y ya sabes lo que se entretiene Gaby. Por cierto, me ha dicho que no dudes en llamarle cuando necesites algo.

—Perdona, hija, es que aquí postrada el tiempo se hace eterno, es elástico como un chicle.

—No te preocupes. Lo he pasado muy bien en la pescadería. Además me gusta que Gaby me llame princesa, me recuerda a ti, tú también me llamabas princesa antes de que... entonces sentí que la tristeza aplastaba a mi madre dentro de la cama y abría un abismo entre nosotras. La di un beso y me marché a la cocina a buscar el poema entre las sardinas.

Quitó el plástico transparente con una mezcla de asco y de ilusión. Fui sacando, una a una, las sardinas de la bandeja. Al final, pegado al poliestireno, se encontraba una pequeña bolsa con un papel en su interior. Me disponía a abrirlo cuando mi madre me reclamó nuevamente. Fui a ver lo que necesitaba con la pequeña bolsa de plástico en mi mano derecha. No sé cómo lo adivinó, o como fue lo primero que vio cuando entré en su alcoba, pero lo primero que hizo fue pedirme el poema.

Con sumo cuidado, extrajo el papel de la bolsa, como si fuera algo extremadamente delicado. Al desdoblar el papel, de su interior cayó una violeta.

Mi madre olió primero la flor, luego el papel; parecía como si la tristeza de los últimos días la hubiera abandonado al fin. Leyó el poema despacio. El camisón comenzó a moverse sobre su pecho al ritmo de los latidos enloquecidos del corazón. Sus ojos se cubrieron de lágrimas y con un susurro de voz, igual que el de Gaby cuando me dijo: "Y a mí", pronunció un suave: "Gaby, ¡ay, mi Gaby!"

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por la autora de este cuento es el **Mercado Central de Salamanca**